

NOCHEVIEJA EN URGENCIAS

Soy Claudia, enfermera.

Salgo de casa hacia el trabajo algo malhumorada. Siempre me pasa cuando trabajo de noche y aún más si es Nochevieja.

Al pisar el hospital ese humor se disipa y ya me preparo para afrontar el turno.

Mientras me pongo el pijama azul de urgencias y los zuecos, pienso en mis amigas, con sus vestiditos de fiesta y sus tacones y sonrío para mis adentros.

A ver si por lo menos, podemos comernos las uvas tranquilos. Incluso esas noches, no falta el trabajo.

Al acercarse la medianoche, cuando se respira cierta tranquilidad, avisan de que va a llegar un SAMU, código politrauma. Se activa el protocolo, acuden anestesista, traumatología, UCI... Todos preparados recibimos a un varón de veinte años, accidente de moto en carretera. Inconsciente, pálido, hipotenso.

El box de vitales se llena de personal sanitario, somos más gente por metro cuadrado que en cualquier bar de copas del centro.

Probable rotura de bazo y varias fracturas, shock hipovolémico. Hay que reanimar, mientras se pide la sangre urgente. Se estabiliza al chico, rápidamente al TAC y de ahí a quirófano.

La sala de vitales queda vacía de pronto, solo guantes, gasas y envoltorios por el suelo. ¡Qué grande parece ahora!

Respiro hondo, después del subidón de adrenalina, cuando mi cuerpo se prepara y actúa ante la emergencia.

Un rato después, no hay pacientes por atender y todo el equipo nos reunimos en la salita para celebrar el año nuevo. Nos relajamos y nos reímos, no faltan las anécdotas médicas. Un poco de descanso antes de volver al trabajo. Ahora vendrán las ingestas de alcohol, las agresiones... Hasta que se acaba el turno.

Cuando vuelvo a los tres días, veo dos cajas enormes de bombones en nuestra salita y una nota de agradecimiento de la familia del chico que atendimos en Nochevieja. Se recupera favorablemente. Nos agradecen que le salváramos la vida.

Cojo el último bombón de la caja. Mientras el chocolate se derrite en mi boca, pienso en todos los sanitarios que participamos para salvar al chico, una larga cadena, un caos coordinado y profesional que salva vidas y que me hace entender que nos necesitan las 24 horas del día, todos los días del año.